**XIX domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A**
**Mensaje de Monseñor Juan de Dios Hernández Ruiz, SJ, Obispo de Pinar del Río, Cuba**

Queridos hijos e hijas les habla su Obispo, Mons. Juan de Dios, feliz de volvernos a encontrar.

En la lectura que acabamos de escuchar Jesús ha enviado a sus discípulos a subir a la barca para ir a la otra orilla. En esta travesía la barca se llena de peligro a causa de las olas. Precisamente en este instante, Jesús se acercó a los discípulos caminando sobre el mar.

Primeramente el miedo invadió a los discípulos que lo confundieron con un fantasma, sin embargo, Jesús los tranquiliza, los llena de paz y al mismo tiempo, les dice que es él.

Una vez más Dios se revela a través de acontecimientos únicos. Caminar sobre las aguas está fuera de nuestro alcance. Por eso sucede muchas veces que cuando leemos estas líneas no llegamos a penetrar su mensaje hasta el fondo. ¿Cuál es la clave de lectura?

Pedro no acaba de creer lo que Jesús les dice, por eso pide una comprobación, una muestra. Jesús le invita a salir de la barca, pero no camina hasta que Jesús le dice: *Ven*. También Jesús nos dice esa palabra en diversas ocasiones del día: cada vez que nos viene a la mente una buena obra: hacer un favor, dar una limosna, etc. Es posible que no nos demos cuenta de esta realidad, pero es Dios quien nos inspira esos pensamientos.

Veamos qué le sucedió a Pedro. Al principio se asustó al ver a Jesús, que llegaba de forma tan inesperada. Pero al ver que era Él, se sintió seguro, y a la voz de su Maestro comenzó a dar los primeros pasos. ¿Y luego? Dudó, tuvo miedo, no confió en el poder de Cristo para continuar adelante, y empezó a hundirse. Lo que le faltaba era fe.

Con fe, Pedro hubiera cruzado a pie todo el lago. Con fe, nosotros también seríamos capaces de los mayores milagros. Si tuviéramos un poquito de fe, nos sorprenderíamos de hasta dónde podemos llegar.

Las dificultades llegan cuando Dios nos pide algo más, un sacrificio mayor. Es entonces cuando sentimos que nuestras pasiones se rebelan y nos echamos atrás. Aquella posibilidad de avanzar se ha convertido en un fracaso, en un naufragio. ¿Por qué?

El miedo es una reacción muy humana. Todos tenemos este sentimiento: miedo de afrontar la vida, miedo de arriesgarse, miedo de relacionarse con lo desconocido, miedo de que nos persigan, miedo de decir la verdad, etc. En muchas circunstancias, este miedo se ha convertido en un gran obstáculo. El remedio eficaz contra el miedo es arriesgarse sin vacilar. Para nosotros, los creyentes, el miedo solo se combate con la fe en Jesús. Él estará siempre a nuestro lado, acude en nuestra ayuda. Él es el Enmanuel que camina siempre con su pueblo.

Pedro comienza a hundirse cuando que quita la mirada de Jesús y se deja influenciar por las circunstancias que lo circundan.

Pero el Señor está siempre allí, y cuando Pedro lo invoca, Jesús lo salva del peligro. Una vez más el Maestro le tuvo que extender su mano y Pedro vuelve a sentirse seguro. En la persona de Pedro, con sus entusiasmos y debilidades, se describe nuestra fe: siempre frágil y pobre, inquieta y a pesar de todo victoriosa, la fe del cristiano camina hacia el Señor resucitado, en medio a las tormentas y peligros del mundo.

Es muy importante también la escena final: "Apenas subieron a la barca el viento cesó. Aquellos que estaban en la barca se postraron delante de Él diciéndole: '¡Realmente eres el Hijo de Dios!'". *(S.S. Francisco, Ángelus, 10 de agosto de 2014).*

*Señor, estás siempre atento a nuestra oración. En los momentos difíciles de nuestra vida siempre estarás allí para socorrernos. Gracias por tu presencia y tu Palabra, que nos confortan cada día.*

Que María de la Caridad, ponga a Jesús en nuestros corazones.